

https://www.ncregister.com/commentaries/reason-of-mary-wollstonecraft-erika-bachiochi-feminism?utm_campaign=NCR&utm_medium=email&_hsenc=p2ANqtz-8gX3jsOcx6WCv0y1BR7j3NzScSEWd2yZynA8l5wnQJaFqotKIXODvPGAxZx2zTqPA7jUQSMNn9awBcj8-4Msfofm9OSg&_hsmi=305601783&utm_content=305601783&utm_source=hs_email

LA RAZÓN DE MARY WOLLSTONECRAFT: DEFENDER A LAS MUJERES Y SU FORMACIÓN MORAL

En última instancia, no puso su esperanza en la razón humana, que sabía bien que era falible, sino en la razón eterna de Dios y sus promesas.

María Wollstonecraft c. 1797. (foto: Dominio público)

Erika Bachiochi Comentarios 29 de abril de 2024



Se dice que las ganadoras escriben la historia, y esto es muy cierto en la historia de las mujeres. Entonces, hoy en día, cuando la mayoría piensa en el movimiento de mujeres o “feminismo”, es una historia que comienza en la década de 1960, o *tal vez* en 1920, cuando las sufragistas ganaron a las mujeres el derecho al voto. La visión casi hegemónica en la academia progresista es que se puede trazar una línea ininterrumpida entre aquellos primeros defensores de los derechos de las mujeres y la revolución anticonceptiva “feminista” respaldada por el aborto de los años 1960 y 1970.

Esta narrativa que ha sonado con fuerza desde Dobbs: los “derechos de las mujeres” -cuando incluso se usa la palabra “mujer”- se ha convertido casi en sinónimo de derecho al aborto.

Pero no es así como se concibieron inicialmente los derechos de las mujeres. Las principales defensoras de los derechos de las mujeres en el siglo XIX y principios del XX buscaron los derechos civiles (en la educación, dentro del matrimonio y en el lugar de trabajo) como un medio para cumplir con sus responsabilidades para con sus familias y para con Dios.

Esta comprensión original de los derechos –como si estuvieran indisolublemente ligados a los deberes– nos ayuda a dar sentido a la ahora relativamente conocida oposición del primer movimiento al aborto electivo. Al reconocer que las mujeres embarazadas eran responsables de los niños no nacidos bajo su cuidado, las primeras feministas exigieron que los hombres gobernarán sus apetitos sexuales (como las normas sociales esperaban entonces de las mujeres) y asumieran sus deberes recíprocos como padres.

En mi libro de 2021, Los derechos de las mujeres: recuperar una visión perdida, sostengo que este enfoque temprano de los derechos de las mujeres ofrece un marco coherente, sólido y humano a partir del cual elaborar argumentos legales y políticos a favor de una estrategia provida y pro-vida. Feminismo familiar en nuestros días. Y es una visión perdida, en mi opinión, que se origina en el pensamiento de la filósofa inglesa de finales del siglo XVIII Mary Wollstonecraft.

El nuevo libro de Carrie Gress, que rastrea los muchos males del feminismo moderno hasta los orígenes del feminismo temprano en Wollstonecraft, desafía implícitamente mi explicación. Varios críticos (al menos tres de ellos filósofos) a su vez la han desafiado.

En “¿A qué María deben seguir las mujeres católicas?” Gress responde a sus críticos. Ella escribe que estos críticos “expresaron su decepción porque el libro no incluía un respaldo sólido a Mary Wollstonecraft como modelo para las mujeres de hoy”. Pero ninguna reseña que he leído sostiene que se deba seguir a Wollstonecraft de la misma manera que los católicos siguen a Nuestra Señora o las santas. Sólo deseaban una interpretación reconocible del pensamiento de Wollstonecraft.

Como Gress es colega mía en el Centro de Ética y Políticas Públicas, he tratado de evitar cuestionar públicamente la tergiversación que hace su libro de un filósofo cuyo pensamiento, sostengo, comparte un estrecho parentesco con una gran jurista católica, mi mentora, Mary Ana Glendon. Pero después de que el ensayo de Gress repite las serias afirmaciones de su libro de que Wollstonecraft “puso su esperanza en la razón [de la Ilustración]”, estaba “impulsada por un deseo de borrar la autoridad”, e incluso que la base de sus “ideas filosóficas” puede estar implicada en ideologías. como el comunismo, me gustaría ofrecer algunas reflexiones, por invitación del Registro.

Entendiendo a Mary Wollstonecraft: fe y razón

Afortunadamente, en este ensayo, Gress ahora parece reconocer que Wollstonecraft era provida, promatrimonio, promaternidad y paternidad, que buscaba el florecimiento de las mujeres (más que la imitación de los hombres), e incluso que profesaba “una fe cristiana”. Al señalar estas nobles características del pensamiento de Wollstonecraft como aspectos de la “visión perdida” que trato de recuperar, me animó leer esto.

Sin embargo, el relato de Gress en el ensayo, al igual que el de su libro, asocia el pensamiento de Wollstonecraft con los elementos racionalistas más radicales de la Ilustración francesa, cuyos excesos condujeron al Reino del Terror. Pero Wollstonecraft no era ni jacobina ni racionalista, como dejan claro sus propios escritos. Si bien ella (y muchos otros moderados) carecían de la presciencia de Burke al comienzo de la revolución, escribió un libro condenando sus violentos excesos en 1794.

Y entonces pregunto: ¿por qué interpretar a Wollstonecraft y su explicación de la razón (de la cual, como Gress correctamente sugiere, depende mucho) a través de sus asociados (masculinos) en lugar de tratar de comprender cómo ella misma piensa sobre la razón (y su cultivo adecuado)?

De hecho, Wollstonecraft criticaba el racionalismo frío e incorpóreo, no estaba a favor de él. Y ciertamente no pensaba, como Kant, que uno pudiera razonar de manera autónoma sobre absolutos morales despojados de la total dependencia y responsabilidad hacia Dios. Para ella, la vida moral no se opone a nuestras inclinaciones naturales, sino al perfeccionamiento de esas inclinaciones mediante la imitación y la habituación a las virtudes, tanto intelectuales como morales. “Otras criaturas”, escribe en *Original Stories from Real Life* (1788), “sólo piensan en mantenerse a sí mismas; pero al hombre se le permite ennoblecer su naturaleza cultivando su mente y ensanchando su corazón”. Entonces, al escribir *contra* “los deístas”, en su búsqueda cargada de dudas de “certeza”, explica:

“La razón es en verdad la lámpara iluminada por el cielo en el hombre, y se puede confiar en ella con seguridad cuando no se depende enteramente de ella; pero cuando pretende descubrir lo que está más allá de sus parientes, ciertamente extiende demasiado la línea y cae en el absurdo”.

Si su religiosidad es más apagada en sus últimos escritos políticos que en sus primeros pedagógicos, todavía es fácilmente discernible a simple vista. En última instancia, a lo largo de su vida, puso su esperanza no en la razón humana, que sabía bien que era falible, sino en la razón eterna de Dios y sus promesas.

Libertad a través de la virtud

“La principal ocupación de nuestras vidas”, escribe Wollstonecraft en su primer libro, *Pensamientos sobre la educación de las hijas* (1787), “es aprender a ser virtuosas; y Aquel que nos está preparando para la bienaventuranza inmortal, sabe mejor qué pruebas contribuirán a que lo seamos; y nuestra resignación y mejora nos harán más respetables ante nosotros mismos y ante ese Ser, cuya aprobación vale más que la vida misma”.

Aunque la explicación de la virtud de Wollstonecraft no es sistemática (no es Tomás de Aquino), explora cómo los seres humanos crecen en virtud a través del refinamiento gradual y dinámico de la imaginación, la comprensión, el juicio y los afectos. Comenzamos nuestro crecimiento en la virtud imitando los patrones que encontramos en los ejemplos morales, en primer lugar Dios mismo: “Gracias a Dios”, dice la institutriz narradora a sus dos alumnos en *Historias originales*, “por daros un entendimiento que os enseña que debéis, por haciendo el bien, para imitarlo”. En una carta de 1787 a su hermana, expresó admiración por esta definición de virtud: “hacer el bien a la humanidad en obediencia a la voluntad de Dios y en aras de la felicidad eterna”. Para Wollstonecraft, educar la imaginación moral mediante la imitación de ejemplos morales era la clave para adquirir la virtud, pero también lo era hacer propia la virtud.

Contra las ilusiones del feminismo liberal sobre la autonomía como independencia radical, Wollstonecraft escribe maravillosamente no sólo sobre nuestra profunda dependencia mutua a medida que crecemos en las virtudes, sino también sobre nuestra propia responsabilidad personal para hacerlo. Ambas son características, pensó, de nuestra “criatura”: “Todos dependemos unos de otros; y esta dependencia está sabiamente ordenada por nuestro Padre Celestial, para suscitar muchas virtudes, para ejercitar los mejores afectos del corazón humano y fijarlos en hábitos”. Pero también somos, escribe, “criaturas creadas responsables [que] debemos correr la carrera nosotros mismos y, mediante nuestros propios esfuerzos, adquirir virtud: lo máximo que nuestros amigos pueden hacer es señalar el camino correcto y limpiar parte de la basura suelta. lo que al principio podría retrasar nuestro progreso”.

Para crecer en las virtudes, necesitamos la ayuda de madres y padres, de maestros, de personajes de buenos libros y de Dios mismo: “Enseñanos con humilde temor a imitar los patrones divinos que nos has puesto... y atráenos a los caminos de la virtud”, suplica en una de las cuatro hermosas oraciones que compuso para su publicación. Con ese fin, en 1789 publicó *The Female Reader*, recopilando pasajes edificantes de las Escrituras, Shakespeare, Milton y otros “para la mejora de las mujeres”. Es este *hacer propia la virtud* lo que proporcionó a las mujeres la “independencia”: la capacidad de cumplir sus obligaciones para con los demás de manera virtuosa y, por tanto, *libre*.

De hecho, la gran queja de Wollstonecraft en su texto más famoso, *Vindicación de los derechos de la mujer*, fue que un sistema educativo infantilizante no había preparado a las mujeres para sus profundamente nobles obligaciones humanas, sociales, conyugales y maternas, la última de las cuales era “una de los grandes deberes inherentes al carácter femenino por naturaleza”. Preocupadas más por los placeres sensuales, el autoadorno y el acicalamiento (y

“estableciéndose” socialmente), estas mujeres superficiales no se centraron en su trabajo más importante: formar su propio carácter y el de sus hijos.

Este camino convencional es una degradación de lo que deberían ser las mujeres. De hecho, debido a que las mujeres tienen alma humana, son, al igual que los hombres, creadas “para elevarse en excelencia mediante el ejercicio de poderes implantados con ese propósito”. Wollstonecraft ciertamente no deseaba que las mujeres se liberaran de las demandas de la familia y la sociedad, como sostiene Gress en su libro. Más bien, quería que fueran capaces de cumplir con sus deberes como “hijas más observadoras, hermanas más afectuosas, esposas más fieles y madres más razonables”.

El legado de Wollstonecraft

A lo largo de los dos últimos siglos se han escrito decenas de biografías sobre Wollstonecraft, reproduciendo error tras error. Y la orientación religiosa de su pensamiento fue blanqueada durante mucho tiempo en antologías de historia de las mujeres, como las que tantas personas leen en la universidad. Pero en las últimas décadas, académicos e intelectuales públicos serios han priorizado la lectura detenida de su obra. Esto es exactamente lo que hicieron los primeros defensores de los derechos de las mujeres.

Los lectores de Wollstonecraft del siglo XIX, como la abolicionista cuáquera y defensora de los derechos de las mujeres Sarah Grimke y Lucretia Mott, hicieron sus influentes llamamientos, como ella, sobre la base de que las mujeres compartían plenamente la *imago Dei*. (El hecho de que no sean recordados tan bien como la mucho más radical Elizabeth Cady Stanton también es producto de un almacenamiento ideológico de la memoria). En lugar de promover “una ideología que socava la fe y la familia”, Wollstonecraft y sus seguidores estadounidenses se apoyaron en su fe para promover las necesidades de las familias en una era de gran agitación política, económica y cultural; una época, de hecho, no muy diferente a la nuestra.

En respuesta al impacto desarraigador del liberalismo y el capitalismo industrial sobre las mujeres y los niños vulnerables, el movimiento de mujeres anterior a la guerra luchó por una serie de derechos para llevar a cabo sus deberes: el derecho a hablar públicamente contra abominaciones como la esclavitud, sin ser señalado como “poco femenino”. por hacerlo; para los derechos de propiedad y contractuales, para reconocer justamente sus aportes dentro y fuera del hogar; por derechos de custodia, para que no se vieran obligados a abandonar a sus hijos para escapar del abuso; por derechos de acceso a la educación y a las profesiones, para que no se vieran obligados a contraer matrimonio (o prostitución) inadecuada sólo para sobrevivir; por el derecho a decir No al sexo en el matrimonio, en contra de la consuetudinaria prerrogativa sexual masculina; y por leyes y protecciones justas en el lugar de trabajo. Algunos de estos derechos y privilegios, tan obviamente exclusivos para la mayoría de nosotros hoy en día, tardaron entre 50 y 100 años en conseguirse.

'Feminismo': una necesidad perenne en un mundo caído

Gress y yo somos fuertes críticos del feminismo moderno, especialmente de las respuestas ilusorias, falsas e inhumanas a la vulnerabilidad femenina. Ambos consideramos el matrimonio monógamo y de por vida con un hombre casto y virtuoso como la mejor respuesta a lo mismo. Ya lo he argumentado en mi libro y, a pesar de las circunstancias personales de su vida romántica, Wollstonecraft también deseaba lo mismo.

Pero vivimos en un mundo caído. Y con demasiada frecuencia, lo que Santa Edith Stein llamó la “degeneración específica del hombre” –la dominación brutal de otros vulnerables, especialmente las mujeres– funciona en devastador concierto con la “degeneración específica de la mujer” –la dependencia servil de los hombres- para dar lugar a Situaciones muy peligrosas para las mujeres, porque somos más vulnerables. Éste es precisamente el riesgo para las mujeres que todo “feminista” ve. Y por eso, en nuestros tiempos poscristianos, saturados de pornografía, seguir la línea antifeminista hasta “restaurar el patriarcado” –como recomienda Gress– es, de hecho, una oferta peligrosa para las mujeres.

Las mujeres, en particular, enfrentan enormes amenazas en nuestra era tecnológica postindustrial: ideología trans, pornografía, tráfico sexual, maternidad subrogada y una cultura de sexo casual, a menudo violento. De hecho, debido a la vulnerabilidad femenina –y a la luz de la Caída– algo así como “feminismo” es siempre necesario. Aunque ella puede no estar de acuerdo con su adopción del término, quienes defienden lo que Juan Pablo II llamó “nuevo feminismo” comparten el mismo objetivo: construir lo que Gress describe como “una civilización en la que se considera y se atiende la vulnerabilidad y se satisfacen las necesidades de las mujeres”. .” Este es un punto en el que estamos totalmente de acuerdo .

Si alguna vez hubo un momento para construir un nuevo movimiento de mujeres –como una especie de fénix que emerge de las cenizas de la combustión interna del feminismo autónomo– ese momento es ahora. Un movimiento así se basaría en los escritos de Juan Pablo II y Benedicto sobre las mujeres; Filósofos católicos como Edith Stein; y mujeres católicas inteligentes, elocuentes y llenas de fe, como Gress, que buscan auténticamente formar mujeres de fe hoy.

Pero si tal movimiento espera llegar a una audiencia más amplia (e informar nuestros debates legales y políticos), haría bien en apoyarse en la visión de derechos y deberes de inspiración religiosa y orientada a las virtudes presentada por grandes defensores públicos de las mujeres. antes de que se afanzara la obsesión moderna por la autonomía. El pensamiento de Wollstonecraft (y el de otras mujeres brillantes del siglo XIX y principios del XX que trazo en mi libro y que otras están recuperando ahora) puede ayudarnos a construir de nuevo.